

**Al desembarcar,
Jesús vio una gran muchedumbre
y se compadeció de ella,
porque eran como ovejas sin pastor...**

Mc 6, 34



Propuestas para esta etapa de nuestro camino sinodal

Cuaderno de trabajo 1



**ASAMBLEA ECLESIAL
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE**



**Iglesia de Quilmes,
¡camina con la alegría
del Evangelio!**
3.º SÍNODO DE QUILMES

Contenido

Una invitación a toda la Diócesis 3

Homilía del Padre Obispo Carlos J. Tisserra en la Misa Crismal de 2021

Un ícono bíblico 7

para esta etapa de nuestro camino sinodal

Propuestas 10

para reflexionar y compartir en comunidad

Este **cuaderno de trabajo** contiene una primera serie de propuestas para esta etapa de nuestro **camino sinodal**. De este modo nos sumamos también a la convocatoria de la **Asamblea Eclesial** de América Latina y el Caribe, que se celebrará en noviembre de este año.

En la Misa Crismal, el Padre Obispo Carlos nos invitó a darle nuevo impulso al camino sinodal y nos presentó un «ícono bíblico». **¿Qué es este ícono bíblico?** Es una imagen del evangelio (tomada de Mc 6, 34), que puede inspirar, orientar y acompañar el diálogo y la reflexión en nuestras comunidades en este tiempo que atravesamos.

Después de la presentación del ícono (pág. 7-9), les ofrecemos **algunas propuestas** (pistas, preguntas, sugerencias) para trabajar en comunidad entre la fiesta de Pentecostés (domingo 23 de mayo) y el aniversario de la pascua de nuestro Padre Obispo Jorge Novak (viernes 9 de julio).

Hemos preparado también otro cuadernillo, que contiene únicamente la presentación del ícono bíblico, las preguntas para la reflexión comunitaria, el himno y la oración por el tercer Sínodo diocesano. Ese cuadernillo está disponible en el [sitio web de nuestra Diócesis](#) y podría ser distribuido a todas las personas de la comunidad.

Una invitación a toda la Diócesis

HOMILÍA DEL PADRE OBISPO CARLOS J. TISSERA
EN LA MISA CRISMAL DE 2021*

**«Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura
que acaban de oír»**

Lc 4, 21

Hermanas y hermanos:

1. La pandemia que vive la humanidad es la realidad desde la cual contemplamos el misterio de Cristo, nuevamente crucificado y nuevamente proclamado como el único Señor de la historia.

Con reducida presencia de diáconos y presbíteros celebramos esta Misa Crismal, seguida desde sus casas por todo el Presbiterio, Diáconos, y fieles de las comunidades parroquiales de la Diócesis por las redes sociales.

Como cada año, escuchamos esta proclamación del Evangelio según san Lucas. Jesús «volvió a Galilea con el poder del Espíritu y su fama se extendió por toda la región... Fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre a la sinagoga y se levantó para hacer la lectura. Le presentaron el libro del profeta Isaías...: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres...”». Cuenta el evangelista que «Jesús cerró el libro, lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: “Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír”» (Lc 4, 16-18.20-21).

* Iglesia Catedral, miércoles 31 de marzo de 2021.

Jesús inicia su vida pública en la zona pobre y marginada del pueblo de Israel. Comienza en la «Galilea de los gentiles»; no parte de Jerusalén, es decir del centro religioso, social y político, sino de una zona periférica, despreciada por los judíos más observantes; es una tierra de frontera, una zona de tránsito donde se encuentran personas diferentes por raza, cultura y religión. Galilea se convierte así en el lugar simbólico para la apertura del Evangelio a todos los pueblos. *«Partiendo de Galilea, Jesús nos enseña que nadie está excluido de la salvación de Dios, más bien, que Dios prefiere partir desde la periferia, de los últimos, para alcanzar a todos. Nos enseña un método, su método, que expresa el contenido, es decir la misericordia del Padre».*¹

Los de Nazaret escuchan a Jesús; tienen sus ojos fijos en él. No es sólo un paisano más el que habla ese sábado. Es el mismo «Dios con nosotros». Y Jesús les dice: *«Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír»*. San Cirilo de Alejandría afirma que el «hoy», situado entre la primera y la última venida de Cristo, está ligado a la capacidad del creyente de escuchar y enmendarse.² Pero en un sentido más radical aún, es Jesús mismo «el hoy» de la salvación en la historia, porque lleva a cumplimiento la plenitud de la redención.

Es un «hoy» que nos interpela a cada uno de nosotros, que vamos haciendo un camino sinodal, o sea, caminando juntos en un momento que está teñido, por así decir, por la realidad de la pandemia del COVID-19.

La imagen de Jesús en Nazaret, es la manifestación de Dios que no se olvida de los pobres, de los marginados y olvidados; de las multitudes de sufrientes de la tierra. Es el Mesías, el Ungido, el salvador prometido y esperado que quiere *«misericordia y no sacrificios»*, porque *«no son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos»*; porque *«el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido»*.

2. Como Iglesia de Quilmes, ¿cómo seguimos nuestro camino sinodal?

Hay un pasaje del Evangelio que puede ser **un ícono para orientar y acompañar la marcha**: *«Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor...»* (Mc 6, 34).

Impacta ese Jesús que iba con sus discípulos a tomarse un descanso, y al desembarcar ve a la multitud y se compadece.

«Jesús vio... y se compadeció» (Mc 6, 34).

Lo mueve esa **capacidad de ver**, de ver a otras y otros, de ver a su pueblo. Esa capacidad no se improvisa, implica un trabajo interior, una conversión paciente de nuestra mirada. Implica correrse uno mismo del centro, renunciar a planes y proyectos preconcebidos, hacer espacio a otros distintos de uno mismo. Ver —lo

¹ Francisco, *Angelus*, 26 de enero de 2014.

² Cf. PG 69,1241.

mismo que escuchar— supone tomar la decisión de no anticiparnos al otro con nuestros propios juicios y propósitos. Supone apertura franca, sin intenciones ocultas, sin intereses mezquinos. Jesús ve de ese modo.

«Jesús vio... y se compadeció» (Mc 6, 34).

Y se compadece. Se deja tocar por la realidad que le sale al encuentro, también esa realidad que él mismo no había elegido. Se deja conmover desde las entrañas. Se deja movilizar, en sus energías más profundas, por esas otras y esos otros que encuentra en su camino. Esa compasión no es ni pasividad, ni lástima, ni falso sentido de superioridad revestido de beneficencia. Es la ternura y el coraje del amor. Es el corazón desbordante del padre que corre a abrazar al hijo que se había alejado (Lc 15, 20). Es el coraje de quien, más allá de preceptos y fronteras, acepta salirse de su propio camino para hacerse prójimo del ser humano caído, golpeado y herido (Lc 10, 33). Esa compasión, esa misericordia, como nos ha recordado tantas veces el Papa Francisco, no es un detalle al margen ni un añadido circunstancial: es la fibra íntima, el corazón mismo del evangelio.

Desde esa compasión, actúa Jesús. Desde esa compasión acepta hacerse cargo, llevar las cargas de esa multitud que ha encontrado inesperadamente. Elige estar al lado y comprometerse con ella. Aquella tarde, Jesús «se puso a enseñarle muchas cosas» (Mc 6, 34) y, cuando ya iba anocheciendo, partiendo el pan —lo poco que tenían— sació su hambre (Mc 6, 35-44)

3. Los discípulos, que no parecen haber comprendido lo que mueve a Jesús, hubieran querido despedir a la multitud. Con mucha prudencia y buen juicio, por cierto, parecería: que cada uno se consiga algo para comer, no sea que pasen hambre. Hubieran preferido volver a lo suyo, a sus planes, tal vez incluso a su esperado descanso.

Jesús les pide salir de sí mismos: «Denles de comer ustedes» (Mc 6, 37), poner lo que tienen para vivir —aquello que los hace vivir— para que otras y otros vivan (Mc 6, 38). Y, al final, recogiendo de la sobreabundancia doce canastas llenas (Mc 6, 43), les muestra el sentido de esa pequeña y pobre comunidad de doce que quiso reunir a su lado: no para ella misma, no para estar a gusto, sino **para ver y compadecerse, para seguir multiplicando el pan y la palabra.**

4. ¿Qué nos propone este «ícono bíblico» para nuestro camino sinodal?

Tal vez nos propone, ante todo, reconocer desde la gratitud y la confianza que, también a nosotros y nosotras, Jesús nos ve y se compadece. Así como estamos, cansados y pocos, con las manos casi vacías y nuestras frustraciones a cuestas, medio golpeados y quizás incluso un poco deshechos entre tanta tormenta...

Y también nos propone «tener los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5), ver y compadecernos a su modo. Ver, renovar la escucha, acoger incluso lo inesperado de esta realidad tal como nos viene al encuentro, sin juicios previos ni proyectos preconcebidos... Compadecemos, dejarnos interpelar, movilizar, conmover desde lo más profundo por esos otros, esas otras, nuestro pueblo. Hacernos cargo de sus cargas. Con ternura, con coraje, con paciencia, con un amor humilde que no pretende saberlo todo ni poderlo todo.

Desde esa mirada y esa compasión, redescubrimos que no hemos sido convocados y reunidos (esos dos verbos que están en la raíz de la palabra *ekklesía*, «iglesia») para nosotros mismos, para sentirnos a gusto o lamentarnos mirando hacia adentro entre la ilusión y la frustración repetidas... sino por y para otros y otras, en medio de este nuestro pueblo. Y se despierta esa creatividad que, con muy poco, incluso con casi nada, puede crear espacios que vuelven a alentar la vida y ofrecen —muy humildemente— el signo de una compasión más grande que la nuestra, de un reino que no nos pertenece y tiene siempre horizontes más amplios que los nuestros, de una esperanza que se nos ofrece siempre, inesperadamente, «contra toda esperanza».

Ante lo que este año nos depare, nuestro comportamiento eclesial será guiado por este ícono: **«Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor...»** (Mc 6, 34)

* * *

Hermanas y hermanos: *«El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando al Niño y a su madre, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando al Niño y a su madre».*³

Querido San José ¡ruega por nosotros!

+ Carlos José Tissera
Obispo de Quilmes

³ Francisco, *Patris corde*, 5.

Un ícono bíblico

PARA ESTA ETAPA
DE NUESTRO CAMINO SINODAL

Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor...

Mc 6, 34

1. Cuando estábamos apenas comenzando nuestro camino sinodal, la pandemia de COVID-19 nos sorprendió como una tormenta inesperada y furiosa. Todas, todos, experimentamos de un modo u otro la violencia de la tempestad y la fragilidad de nuestra barca. La emergencia sanitaria —con sus muchas repercusiones y secuelas— nos obligó a detenernos, a poner en pausa planes, proyectos, encuentros... Y a tomar otros rumbos, algunos que no habíamos imaginado, otros que no hubiéramos elegido...

Muchas personas y comunidades, con creatividad y generosidad admirables, salieron al encuentro de lo inesperado para crear espacios de solidaridad, tejer redes de contención y acompañamiento, tender la mano a quienes más estaban (y están) sufriendo. Gustamos la soledad, la sufrimos, buscamos estar cerca a pesar del distanciamiento. Aprendimos a encontrarnos de otro modo, a celebrar de otro modo, a vivir y compartir la fe de otro modo.

2. Ahora, de a poco, vamos como desembarcando. Lo sabemos bien: la pandemia no está superada, la emergencia sanitaria no ha terminado, la tempestad no ha cesado. Todavía es tiempo de seguir cuidándonos y, sobre todo, respondiendo a ese «Ámense unos a otros...», de seguir cuidando a otras y otros, en especial a quienes son más vulnerables o han sido más golpeados por la tormenta. No es tiempo de decisiones imprudentes, ni de dejarnos vencer por ansiedades, y mucho menos de ser indiferentes. Vamos apenas, de a poco, desembarcando. Como Jesús y los discípulos, en este «ícono bíblico» que les proponemos para esta etapa del camino sinodal.

Se habían retirado a un lugar aparte, buscando recobrar fuerzas con el descanso y la compañía fraterna (Mc 6, 30-32). Pero también entonces surge lo inesperado: esta vez no es una tormenta, sino una multitud que busca a Jesús

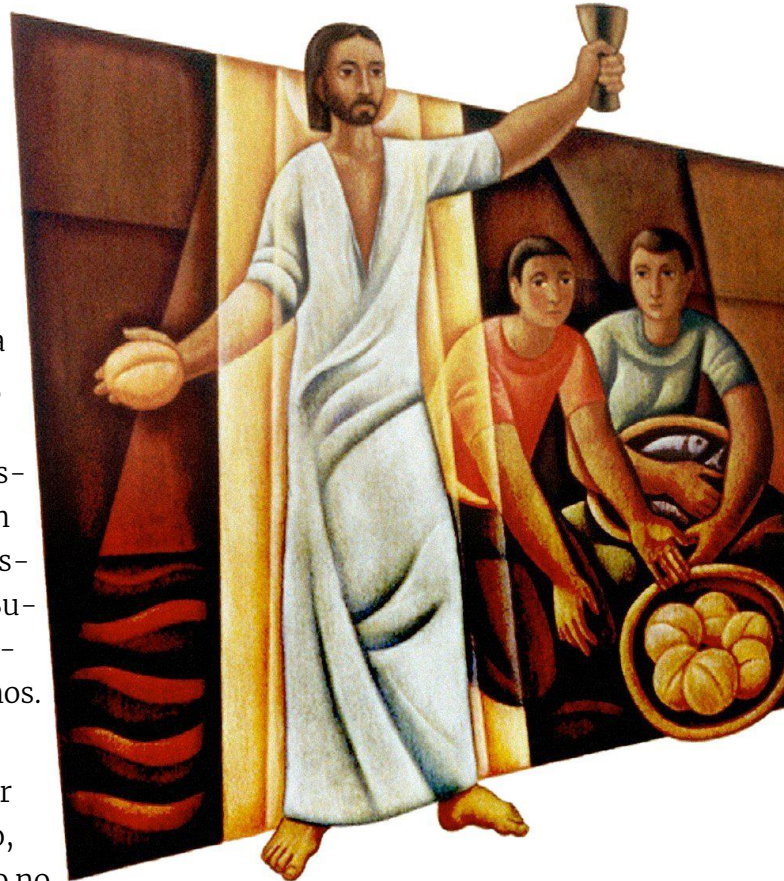
(Mc 6, 33). Vienen de todas partes, se apresuran a llegar, traen consigo sus cargas, sus dolores, sus esperanzas... Y esa pequeña comunidad de doce reunidos en torno a Jesús, que buscaba calma después de un gran esfuerzo, de repente, se ve rodeada por una multitud. De nuevo, lo inesperado frustra los planes que habían hecho.

3. Lo que sorprende de Jesús es su capacidad de *acoger lo inesperado*, de recibirlo sin lamentos ni decepciones, de hacerle espacio. Así como lo encuentra, así como está. ¿Qué lo mueve a pararse así ante la realidad, tal como viene? «*Jesús vio... y se compadeció*» (Mc 6, 34).

Lo mueve esa *capacidad de ver*, de ver a otras y otros, de ver a su pueblo. Esa capacidad no se improvisa, implica un trabajo interior, una conversión paciente de nuestra mirada. Implica correrse uno mismo del centro, renunciar a planes y proyectos preconcebidos, hacer espacio a otros distintos de uno mismo. Ver —lo mismo que escuchar— supone tomar la decisión de no anticiparnos al otro con nuestros propios juicios y propósitos. Supone apertura franca, sin intenciones ocultas, sin intereses mezquinos. Jesús ve de ese modo.

Y se compadece. Se deja tocar por la realidad que le sale al encuentro, también esa realidad que él mismo no había elegido. Se deja conmover desde las entrañas. Se deja movilizar, en sus energías más profundas, por esas otras y esos otros que encuentra en su camino. Esa compasión no es ni pasividad, ni lástima, ni falso sentido de superioridad revestido de beneficencia. Es la ternura y el coraje del amor. Es el corazón desbordante del padre que corre a abrazar al hijo que se había alejado (Lc 15, 20). Es el coraje de quien, más allá de preceptos y fronteras, acepta salirse de su propio camino para hacerse prójimo del ser humano caído, golpeado y herido (Lc 10, 33). Esa compasión, esa misericordia, como nos ha recordado tantas veces el Papa Francisco, no es un detalle al margen ni un añadido circunstancial: es la fibra íntima, el corazón mismo del evangelio.

Desde esa compasión, actúa Jesús. Desde esa compasión acepta hacerse cargo, llevar las cargas de esa multitud que ha encontrado inesperadamente.



Elige estar al lado y comprometerse con ella. Aquella tarde, Jesús «se puso a enseñarle muchas cosas» (Mc 6, 34) y, cuando ya iba anocheciendo, partiendo el pan —lo poco que tenían— sació su hambre (Mc 6, 35-44).

4. Los discípulos, que no parecen haber comprendido lo que mueve a Jesús, hubieran querido despedir a la multitud. Con mucha prudencia y buen juicio, por cierto, parecería: que cada uno se consiga algo para comer, no sea que pasen hambre. Hubieran preferido volver a lo suyo, a sus planes, tal vez incluso a su esperado descanso.

Jesús les pide salir de sí mismos: «Denles de comer ustedes» (Mc 6, 37), poner lo que tienen para vivir —aquello que los hace vivir— para que otras y otros vivan (Mc 6, 38). Y, al final, recogiendo de la sobreabundancia doce canastas llenas (Mc 6, 43), les muestra el sentido de esa pequeña y pobre comunidad de doce que quiso reunir a su lado: no para ella misma, no para estar a gusto, sino para *ver* y *compadecerse*, para seguir multiplicando el pan y la palabra.

5. ¿Qué nos propone este «ícono bíblico» para nuestro camino sinodal?

Tal vez nos propone, ante todo, reconocer desde la gratitud y la confianza que, también a nosotros y nosotras, Jesús nos ve y se compadece. Así como estamos, cansados y pocos, con las manos casi vacías y nuestras frustraciones auestas, medio golpeados y quizás incluso un poco deshechos entre tanta tormenta...

Y también nos propone «tener los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5), ver y compadecernos a su modo. Ver, renovar la escucha, acoger incluso lo inesperado de esta realidad tal como nos viene al encuentro, sin juicios previos ni proyectos preconcebidos... Compadecernos, dejarnos interpelar, movilizar, conmover desde lo más profundo por esos otros, esas otras, nuestro pueblo. Hacer nos cargo de sus cargas. Con ternura, con coraje, con paciencia, con un amor humilde que no pretende saberlo todo ni poderlo todo...

Desde esa mirada y esa compasión, redescubrimos que no hemos sido convocados y reunidos (esos dos verbos que están en la raíz de la palabra *ekklesía*, «iglesia») para nosotros mismos, para sentirnos a gusto o lamentarnos mirando hacia adentro entre la ilusión y la frustración repetidas... sino por y para otros y otras, en medio de este nuestro pueblo. Y se despierta esa creatividad que, con muy poco, incluso con casi nada, puede crear espacios que vuelven a alentar la vida y ofrecen —muy humildemente— el signo de una compasión más grande que la nuestra, de un reino que no nos pertenece y tiene siempre horizontes más amplios que los nuestros, de una esperanza que se nos ofrece siempre, inesperadamente, «contra toda esperanza».

Propuestas

PARA REFLEXIONAR Y COMPARTIR
EN COMUNIDAD

Estos son algunos aportes y pistas para el diálogo en comunidad entre la fiesta de Pentecostés (domingo 23 de mayo) y el aniversario de la pascua de nuestro Padre Obispo Jorge Novak (viernes 9 de julio). Estas propuestas podrían trabajarse en uno o varios encuentros, según las posibilidades de cada comunidad.

Les invitamos a enviar sus conclusiones a la Comisión Sinodal antes del 17 de julio a través de [este formulario](#) o del correo electrónico (tercersinodoquilmes@gmail.com).

- Podemos comenzar los encuentros con un **canto** o una **oración**.
- Con atención leemos o escuchamos ([YouTube](#)) la **presentación del ícono bíblico** que va a acompañarnos en esta etapa del camino sinodal (pág. 7-9). Sería bueno tener la Biblia entre las manos para ir siguiendo los textos bíblicos citados en la presentación.
- **Ecos.** Después de escuchar, ¿qué palabra, qué imagen de este ícono bíblico queda resonando en mí?
(Cada una/o puede compartir una expresión o una frase, sin extenderse ni agregar comentarios... como un eco que nos ayude a dejar resonar la palabra de Dios en medio de nuestra comunidad.)

■ **Lo que hemos visto y oído.** Sería bueno tomarnos el tiempo para dar la palabra a tres o cuatro personas de la comunidad que hayan acompañado más de cerca las situaciones de dolor, necesidad o angustia que atravesamos juntos. Estas personas podrían ser por ejemplo:

- personas comprometidas en iniciativas solidarias (ollas populares, comedores, servicios de Cáritas, etc.),
- personas que visitan a quienes están enfermos, aislados o solos (ministras/os de la comunión, servidoras/es de la pastoral de la salud, etc.),
- personas que han acompañado a las familias a lo largo de estos meses (catequistas, animadoras/es de comunidad, etc.),
- personas que acompañan a adolescentes y jóvenes (animadoras/es de la pastoral de juventud, trabajadoras/es de la educación, etc.),
- profesionales de la salud (médicas/os, enfermeras/os, psicólogas/os, etc.), que pertenecen a nuestra comunidad o trabajan cerca de ella.

A cada una/o podríamos pedirle que nos comparta (en un tiempo breve) su experiencia a lo largo de estos meses de pandemia: **¿Qué han visto? ¿Cómo ha repercutido este tiempo en la vida de las personas y las familias de nuestra zona?**

Tres sugerencias para este momento:

1. No extender el número de intervenciones (sólo tres o cuatro personas), ni el tiempo (podrían ser 7 minutos cada una).
2. Entre una intervención y otra, sería bueno tener previsto algún canto breve (una o dos estrofas).
3. Al final será bueno hacer un tiempo de silencio (2-3 minutos) para dejar decantar lo escuchado.

■ **Ecos.** Después de escuchar, ¿qué palabras, qué situaciones quedan resonando en mí?

(Como hicimos después de escuchar el ícono bíblico, cada una/o puede compartir una expresión o una frase, sin extenderse ni agregar comentarios... como un eco que nos ayude a dejar resonar lo visto y oído en medio de nuestra comunidad.)

Esperamos ►
sus respuestas

■ **Ver y compadecerse.** A la luz de todo lo escuchado:

- ¿Qué nos conmueve, nos toca las entrañas, nos interpela... de la vida de nuestro pueblo en este momento?
- ¿Qué podemos aportar las comunidades cristianas a nuestro pueblo?
¿A qué nos llama hoy el evangelio?

Podríamos reflexionar y compartir estas preguntas de distintos modos, dependiendo de la situación de cada comunidad. Una comunidad pequeña, por ejemplo, podría hacer un encuentro virtual donde cada una y cada uno pueda tomar la palabra. Otras comunidades podrían ofrecer espacios virtuales para pequeños grupos (no más de 10 personas) en diferentes días y horarios. Otras comunidades tal vez quieran presentar las preguntas y dejar un tiempo para responder personalmente, enviando las respuestas a un/a coordinador/a (por mensajes de WhatsApp, por ejemplo). Las posibilidades son muchas; las y los invitamos a buscar caminos creativos de reflexión compartida (sinodal) en este tiempo.

En cada comunidad, será bueno designar a una persona para enviar estas respuestas (sólo estas) a la Comisión Sinodal. Las respuestas serán recibidas hasta el 17 de julio a través de [este formulario](#) o del correo electrónico (tercersinodoquilmes@gmail.com). A partir de ellas, iremos acercándoles nuevas propuestas para esta etapa del camino sinodal.

- Nuestros encuentros pueden terminar con el **himno** ([escuchar](#)) o la **oración por el tercer Sínodo diocesano**:

Querido Padre Dios:

Nos has convocado a «caminar juntos, juntas»
en esta porción de tu Iglesia
que es la Diócesis de Quilmes.

Ayúdanos con tu gracia a mirar en tu pueblo:
sus alegrías y esperanzas,
sus tristezas y angustias.

En tus manos ofrecemos
la preparación y la celebración
de nuestro tercer Sínodo diocesano.

Queremos ser la Iglesia que soñó Jesús:
samaritana, cordial, solidaria
y en búsqueda de la justicia y la paz,
especialmente con los más pobres,
abrazando misericordiosamente a todos.

Que tu Espíritu Santo nos convierta en «Iglesia en salida»
y nos lleve a las periferias «geográficas y existenciales»
de Florencio Varela, Berazategui y Quilmes,
como nos pide el Papa Francisco.

Allí vamos junto a la Inmaculada Virgen María,
patrona de nuestra Diócesis.

Amén.